

Desde los
12 años

¿te gustaría ser mi Sol?

Sofía Olguín
Lita Gómez



20 de noviembre
Día Mundial de la Conmemoración Trans



La noche de Navidad, Sebastián pierde a Moncho, su primer perro. Años más tarde, Moncho regresará a su vida con un nuevo nombre y acompañado de Sol, una hermosa chica que le hará descubrir el verdadero amor.

¿Te gustaría ser mi Sol? es un cuento de temática transexual.



En este 20 de noviembre de 2012, todxs lxs que hacemos Bajo el arcoíris Editorial quisiéramos honrar la memoria de todas aquellas personas trans que murieron por culpa de la transfobia, el prejuicio y el odio.

El Día de la Conmemoración Trans (*Transgender Day Of Remembrance*, en inglés) fue establecido en memoria de Rita Hester, una mujer trans africana asesinada el 28 de noviembre de 1998. Día a día, la transfobia se cobra las vidas de travestis, transexuales y transgéneros. Y los medios de comunicación ocultan sus muertes, las disfrazan patologizando y hasta criminalizando su identidad.

Desde Bajo el arcoíris Editorial, queremos recordar a todas las personas trans (travestis, transexuales, transgéneros) que han muerto en manos de la transfobia, víctimas del rechazo, la estigmatización social y la falta de políticas públicas para acceder a la salud. Quisiéramos también alentar a todas aquellas personas trans que se mantienen de pie, firmes ante las adversidades que les han tocado atravesar; y felicitar sinceramente a aquellas que luchan día a día por los derechos que todavía siguen pendientes.

Entre todxs, lucharemos para que la memoria de lxs mártires transexuales no quede en el olvido y para que la LGTBfobia deje de cobrarse más vidas inocentes.

Sofía Olguín, editora
Buenos Aires, Noviembre 2012



¿te gustaría
ser mi Sol?





Fue en Año Nuevo, cinco días después de que me lo regalaran, ¿lo podés creer? Era la primera vez que yo tenía un perro, porque antes vivíamos en un departamento y en ese edificio no dejaban tener animales. Lo perdí, en Año Nuevo, cinco días después de Navidad. Sonaron los primeros cohetes de la noche y Moncho saltó la reja y desapareció. Me puse a llorar como loco, quise salir a buscarlo, pero papá no me dejó. Él y mi tío Alberto salieron en el auto a recorrer el barrio. Volvieron a las tres de la mañana, sin Moncho. Mi primer perro, el primero de mi vida, se había esfumado.

Al chico de la casa de al lado le habían regalado una pileta. Una que parecía de verdad, como las de los clubes, aunque no tan grande, claro. El chico de al lado, me enteré, se llamaba Juan Manuel y tenía trece años, era un año más grande que yo. Juan Manuel no tenía perros, tenía gatos, como siete. Nuestras casas se comunicaban por una pared que separaba nuestros jardines y yo me moría de envidia cuando lo veía ahí en la pileta, refrescándose del calor infernal. Quería que me invitara, pero nunca lo hacía. Yo me sentaba en mi jardín a propósito, a ver si a Juan Manuel le entraban ganas de hablar con alguien y me invitaba, porque él no tenía hermanos y se pasaba casi todo el día solo.



Pero Juan Manuel nunca me hablaba. A veces se quedaba dormido en el agua, arriba de un flotador, y yo lo espiaba desde la terraza. Era pálido y tenía el pelo castaño, casi rubio. Yo estaba casi seguro de que tenía ojos claros. No sé por qué, pero lo sabía.

Un día, cuando lo vi sacarse la camiseta antes de que se tirara para tomar sol, me di cuenta de que Juan Manuel me gustaba. Y no entendía el motivo, ¡Juan Manuel era un chico, como yo! Y yo sentía muy raro que me gustara un chico, porque a los chicos nos tenían que gustar las chicas. *A vos no te puede gustar Juan Manuel, porque a los chicos les tienen que gustar las chicas*, me decía a mí mismo, me lo repetía sin parar. Pero, ¿por qué? me decía una voz. Y a esa voz nadie le respondía.

Entonces, una tarde, mientras espiaba a Juan Manuel a escondidas, me di cuenta de que nunca nadie me había dicho eso. Nadie me había dicho jamás: a los chicos les tienen que gustar las chicas. Era como una regla que nadie decía, que todos daban por entendida. Mi mamá estaba casada con mi papá. Mi abuelo estaba casado con mi abuela. Mi tío estaba casado con mi tía. Todas eran parejas de hombre y mujer. En las novelas románticas que pasaban por la tele, todas las parejas eran de chico y chica. Y no solo en las novelas románticas: en las propagandas de perfumes, de cigarrillos, de desodorantes... En ningún lado había parejas de dos hombres o de dos mujeres. Y eso me parecía muy raro y me angustiaba mucho, porque significaba que lo que yo sentía por Juan Manuel no era normal. Que estaba prohibido. Y tampoco me animaba a preguntarle nada a mis papás.

¿Por qué no hay parejas de dos hombres o de dos mujeres? ¿Está mal que dos hombres se quieran? ¿Está mal que me guste Juan Manuel? ¿Está mal que quiera darle un beso? No me atrevía a preguntar esas cosas por miedo a que sospecharan que yo era raro, extraño, diferente. Por miedo a que pensarán que me gustaba un chico.

Tuve que olvidarme de Juan Manuel, porque a principios de marzo de ese año se mudó y la casa quedó vacía. No se llevaron la pileta, pero sí se llevaron sus siete gatos. Sentí que me moría de tristeza, pero al poco tiempo se me pasó. En ese entonces ya había comprendido (o creído comprender)



que me gustaban los chicos y que debía callarme la boca, porque eso no estaba bien. Eso creía. Faltaba mucho para que me diera cuenta de que el amor es amor y punto. De que no importa si amás a un hombre o a una mujer, lo importante es que seas feliz y que nunca trates de engañarte a vos mismo, que seas valiente, porque lo que está en juego no es la felicidad de los demás, sino la tuya. Si a los demás no les gusta que te guste un hombre (o una chica, si sos una chica), bueno, qué pena, vos no podés hacer nada. Lo importante es que encuentres a esa persona especial y que no te sientas culpable ni avergonzado de amarla, porque el amor es lo más lindo que existe.

Un día iba caminando por la calle y vi una nena rubia con un perro muy parecido a Moncho. Le pregunté de dónde lo había sacado y me contó

que lo había encontrado cerca de las vías del tren, abandonado y muertito de hambre.

—Creo que es mío... que era mío—le dije a la nena. Era más chica que yo, tenía doce años (yo ya tenía catorce) y se llamaba Sol—. Se me escapó la noche de Año Nuevo y no lo volví a ver...

La nena me miró a los ojos, los suyos eran azules, muy lindos, y no dijo nada. No había nada que decir. Moncho ya era de ella. Mío había sido solo por cinco días.

—Me llamo Sol —me dijo ella—. Vivo acá cerca de la estación, pero el fin de semana me mudo a una casa más grande, porque mi mamá está embarazada y voy a tener dos hermanitos.

La mamá de Sol iba a tener gemelos. O mellizos, nunca supe bien la diferencia.

—¿A dónde te mudás?

—A una casa que está un poco más lejos de la estación. Pero me gusta, tiene pileta.

Sí. Sol se mudaba a la antigua casa de Juan Manuel. Iba a ser mi vecina. Nos hicimos amigos al toque.

—¿Te puedo pedir algo? —le dije una tarde, mientras caminábamos cerca de la estación, paseando a Frodo, como ella llamó a Moncho.

—¿Qué?

—Cuando recién me mudé a donde vivo ahora, en tu casa vivía un chico que se llamaba Juan Manuel. Yo quería ser su amigo, pero él nunca me habló. Yo quería que me invitara a la pileta...

—¿Querés que te invite a la pileta? —me interrumpió Sol. Ella siempre parecía saber lo que yo estaba pensando.

—Sí.

Entonces se quedó callada y yo no supe por qué.

—Bueno —dijo al fin, muy seria—. Pero me tenés que prometer que después de que te invite, vas a seguir siendo mi amigo.

En ese momento no entendí lo que me quería decir. Le dijo que sí, que por supuesto, que obvio que iba a seguir siendo su amigo.

Ese fin de semana, preparé un bolsito con mi traje de baño, mis ojotas, el protector solar y un paquete de galletitas para compartir con Sol. Me abrió la puerta su mamá, que tenía una panza enorme, y me dijo



que fuera al jardín que “Saúl” me estaba esperando. Confundido, fui hasta el jardín. Ahí estaba Sol, sentada con un libro en las manos.

—Hola —me dijo en voz bajita.

Parpadeé, entre sorprendido y avergonzado. Sol no tenía puesta una una bikini... Tenía, como yo, un traje de baño de varón.

—Hola... —le contesté, colorado de vergüenza. Le miré el cuerpo. Sol no tenía pechos. Todavía era muy chica, me dije. Pero no, me estaba engañando, porque el cuerpo de Sol se parecía al mío. Era un cuerpo de varón.

Ella notó mi confusión, porque me sonrió triste y dijo:

—Por eso te hice prometer que ibas a seguir siendo mi amigo... Porque no soy una chica...

Me quedé mudo. Me senté al lado suyo en el pasto y casi sin voz le pregunté:

—¿Sos un chico? —Sol dijo que sí con la cabeza—. ¿Y por qué a veces te vestís de chica? —susurré, recordando la vez que la (o lo) había visto con un vestido azul muy lindo.

—Porque siento que soy chica, o sea, me gusta ser chica más que chico... A veces no entiendo por qué, pero, ponele, quiero ponerme vestidos o polleras... y usar lápiz labial... y tener el pelo largo.

—Ya tenés el pelo largo.

Ella me miró tímida, muy tímida. Bajó la mirada y comenzó a escarbar la tierra con un dedo. Entonces, en ese momento, sentí algo. Sentí que Sol me gustaba. Y en silencio le agradecí a Moncho que se hubiera escapado, porque gracias a él la había conocido. Me acerqué a ella y, apartándole el pelo rubio que le tapaba la cara, le di un beso en los labios. Ella se quedó muy quieta de la sorpresa, pero entonces levantó una mano y me acarició la mejilla. Cuando nos separamos, le agarré la mano y se la besé también. Su piel era suave.

—Al principio a mi papá no le gustaba que me vistiera de chica... pero creo que ya está resignado. Sabe que nunca voy a ser varón. Ahora van a nacer los mellizos y entonces van a tener otras cosas de que preocuparse...

No dije nada. No lo entendía muy bien, no sabía si Sol era chico o era chica, o las dos cosas... solo sabía que la quería, que me gustaba mucho, que quería besarla de nuevo (en la boca, en el cuello, en el ombligo), pero que no sabía si podía porque no tenía que olvidarme de que ella era dos años más chica que yo. Pero era tan pero tan linda... quería acariciarle



el pelo largo y rubio, las pestañas tan arqueadas, quería verme reflejado en sus ojos azules, tironearle los pelitos de la nuca...

Nos pusimos de novios. No le contamos a nadie, era nuestro secreto. Bueno, nuestro y de Frodo, que había sido algo así como un celestino y se merecía saberlo. Así supe que lo le pasaba a Sol se llamaba transexualidad y era tal como me lo había explicado ella: había nacido varón, pero se sentía una mujer. Y me contó que había chicos a los que les pasaba eso y que hasta se operaban para ser mujeres del todo, y viceversa. Con miedo, ella me dijo que no sabía si quería operarse cuando fuera grande. Me lo dijo con los ojos azules muy abiertos y yo supe lo que estaba pensando: que por ahí yo no la querría más si se hacía completamente mujer. La abracé y le dije al oído que, fuera cual fuera la decisión que tomara, la apoyaría en todo y siempre la seguiría queriendo.

Quando cumplió quince años (y yo ya tenía diecisiete) se puso triste porque no tendría fiesta. Soñaba con su vestido blanco, con un novio de traje (o sea, yo), con bailar el vals con ese novio (conmigo) y que le sacaran muchas fotos. Quería sentirse una princesa, que es como todas las chicas se sienten en sus fiestas de quince. Y yo me propuse hacerla sentir como a una princesa.

Ella se vistió de chica con unos jeans un poco apretados y una musculosa de tirantes, se hizo una trenza en el pelo y fuimos de la mano por el centro de Ballester. No se notaba que en realidad éramos dos varones.

Quizás pienses que a mí no me gustaba verla como mujer. No es verdad, porque me enamoré de ella pensando que era una chica. Entonces, ahora te vas a preguntar qué soy: ¿soy homosexual?

¿Puedo ser homosexual y que me guste Sol? No sé, prefiero pensar que no podemos ponerle etiquetas al amor, porque lo que yo siento por Sol es eso. No me cabe la menor duda.

Le compré un vestido blanco. No era un vestido de quince, obviamente, pero era blanco y eso era lo más importante. Salió del negocio con el vestido puesto, con unas zapatillas All Star fucsias y el pelo



rubio suelto. Después la llevé a cenar a un restaurante y a la vuelta le compré un ramo de jazmines, que son sus flores favoritas.

—Tengo que decirte algo, Sebas —me dijo cuando volvíamos a casa en el colectivo. Yo ya sabía qué era y había estado preparándome para oírla—. Quiero hablar con mis papás, quiero empezar a tomar hormonas.

Le repetí lo que le había dicho aquel día: que fuera cual fuera su decisión, yo estaría con ella.

Y así fue.

En el barrio se habló mucho del tema, aunque ya todos sabían que Saúl era Sol y que pasaba mucho tiempo conmigo. Mis papás se habían divorciado hacía unos meses y yo vivía con mi mamá. A ella le caía muy bien Sol y siempre la usaba de maniquí y de modelo para las fotos de su catálogo y su página web, porque mi mamá es diseñadora y modista de alta costura. Cada vez que Sol tenía que probarse algún vestido o alguna pollera, le brillaban los ojos. Y a mí, cuando la veía tan linda y tan feliz, me brillaba el alma.

Ahora tengo veintiún años y Sol tiene diecinueve. A los diecisiete comenzó a tomar hormonas, pero las dejó por un tiempo porque tuvo un par de problemas de salud. Ahora ya no la obsesiona tener pechos y tampoco siente la necesidad de someterse a una operación de reasignación de género. Ella ya es mujer y es hermosa, y nadie se atrevería a decir lo contrario. Si la vieras... estoy seguro de que te enamorarías de ella. Pero no mirés mucho, porque soy celoso.

Ahora estamos esperando que se apruebe algo que se llama Ley de Identidad de Género y Atención Sanitaria. Cuando se apruebe, todas las personas como Sol van a ser reconocidas como lo que son en realidad: el documento de identidad de Sol va a dejar de decir “Saúl” y en la universidad, en el hospital, en todos lados van a tener que llamarla por su nombre, su verdadero nombre. Van a tener que llamarla Sol.

Cuando Sol cumplió quince, mi mamá todavía no sabía que Sol era mi novia. Pero cuando nos casamos, va a ser la primera en enterarse. Esta vez, quiero que Sol tenga el vestido blanco más lindo del mundo.





Bajo el arcoíris Editorial

¿Te gustaría ser mi Sol?

Cuento de Sofía Olguín

Primera edición: Noviembre 2012

Ilustraciones de Lita Gómez

Diseño de portada y maquetación: Sofía Olguín

Revisión: Daniel Oropeza

<http://www.bajoelarcoiris-editorial.blogspot.com>

Facebook: Bajo el arcoíris Editorial

Correo electrónico: cuentosarcoiris@hotmail.com

¿Te gustaría ser mi Sol? se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Estás absolutamente autorizado para imprimir este libro, fotocopiarlo y distribuirlo gratuitamente. No estás autorizado para modificar las historias y/o las ilustraciones.

